

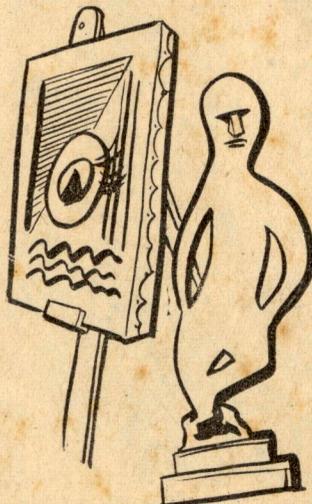
Veinte Años de una Academia de Arte

por Sebastián Salazar Bondy

No hay movimiento artístico sin academia —entendida esta palabra como designación de un centro de estudios y experiencias—, pues en el aprendizaje en común, en el diálogo y la crítica en conjunto, en la coexistencia dentro de un clima de camaradería, que presida, por cierto, la autoridad docente de un maestro o instructor, se encienden las inquietudes individuales y se define en su originalidad la persona profunda de cada cual, talentoso o no, mas siempre consciente del sentido de su oficio y la labor que él implica. Y, aunque parezca paradójico, una academia moderna de arte no tiene por qué ser académica, en el sentido de tradicionalista y estéticamente reaccionaria que significa este vocablo. Entre nosotros, en el terreno de la pintura, ha sido la actualmente llamada Escuela de Artes Plásticas de la Universidad Católica, que desde hace veinte años dirige Adolfo Winternitz, un modelo de disciplina pedagógica y libertad fecunda para el acervo íntimo de sus alumnos. Si bien no se puede decir que este esfuerzo, pacientemente llevado a cabo desde hace dos décadas, por etapas que han cubierto desde el tímido inicio hasta su consolidación presente, ha dado origen a una verdadera corriente artística, de sus registros han salido algunos nombres que manifiestan bien cuán sólida y enraizada con la época actual es la formación que allí se imparte.

En efecto, bastará citar dos de ellos para poner de relieve

la acción de Winternitz en las aulas de la mencionada Academia de Artes Plásticas. Uno es el de Fernando de Szyszlo, pintor cuyo nombre juega ya brillantemente en la constelación del nuevo arte de nuestro continente y a cuyo cargo se halla la Sección de Artes Visua-



les de la Unión Panamericana (organismo de estímulo y propagación de las inquietudes plásticas más serias y audaces de América), y el otro es el de Jorge Piqueras, que en Italia ya figura entre los más promotores creadores de la reciente generación peninsular y a quien una importante galería de Nueva York llevará próximamente a los Estados Unidos. Ambos pertenecieron a una de las primeras promociones egresadas de la Escuela de Artes Plásticas

de la Universidad Católica, cuando ella era solamente una academia adscrita a las aulas de esa pontificia casa de estudios. Fueron el profesor Winternitz y sus auxiliares los que encendieron la vocación de Szyszlo y Piqueras, y los que han procurado orientación a otras figuras menores de nuestro panorama pictórico contemporáneo.

El cronista conoció los primeros empeños de Winternitz, y sabe con cuánto cariño, sacrificio, tesón y fe puso él siempre sus energías al servicio de una enseñanza cuyo indispensable rigor técnico no maniatara la desventura de los temperamentos y las imaginaciones. Ahí se hacían, al mismo tiempo que pintura, audiciones de música, debates sobre cuestiones artísticas, comunicaciones intelectuales de diverso carácter, etc., una suerte de ejercicio tenaz y fructífero de las facultades racionales y de la fantasía. Las exposiciones de fin de curso fueron, de la primera a la última, un muestrario de frescura juvenil en la que, latente, se advirtió siempre la alegría de trabajar en el arte como en el alma misma de cada estudiante. Conviene destacar esto, puesto que no es habitual una semejante prueba de respeto por la riqueza personal que cada joven inclinado a la creación estética posee y vierte en sus tanteos primerizos. A los veinte años de comenzado este experimento, es natural que pase enseguida a la etapa de ajuste y reafirmación, cuyos resultados —si los que se han dado hasta hoy han sido tan dignos de elogio— serán realmente notables.

Ahora que la Escuela Nacional de Bellas Artes atraviesa por un magnífico momento de renovación, bajo la dirección de Manuel Ugarte Eléspuru, la Escuela de Artes Plásticas, que en 1939 fundara Adolfo Winternitz, debe proseguir en su provechoso quehacer, no tanto por un prurito de competencia —las dos instituciones a la postre se complementan—, sino porque depende de la cordial emulación y de la mutua prestación de ejemplos, la atmósfera en la cual florezca el arte peruano actual, heredero de tantas tradiciones y, sin embargo, situado en un tiempo en que la calidad se expresa por la manera cómo se mire el mundo, se lo comprenda y se lo manifieste. Es decir, del modo cómo la obra final sea moderna y, al mismo tiempo, perdurable.